

REVISTA  
DE  
SANTIAGO.

DIRECTORES

FANOR VELASCO I AUGUSTO ORREGO LUCO

1872—1873

TOMO III

NUMERO I.

JULIO 1.º

LIBRERÍA CENTRAL  
DE AUGUSTO RAYMOND  
Calle de Huérfanos

IMPRENTA NACIONAL  
CALLE DE LA MONEDA  
Num. 46

SANTIAGO

Hízose estensiva la espulsion a San Luis, donde en 1771 en el convento de Santa Catalina vírjen i mártir de la Punta, nada i nadie habia. De que en San Luis de Loyola tampoco habia estranjeros, buena fé daban el subdelegado i el juez eclesiástico don Cayetano de Quiroga. Cuyo quedó tambien limpio i puro de relijiosos estranjeros.

Aquí i así terminó esta espulsion hija del plan de gobierno de la colonia, hermana del estrañamiento de los jesuitas.

Como en todos los actos de la vida colonial, se pintan en éste a lo vivo i en relieve, los hombres, la época i las ideas. La voz muda de los tiempos i la de las reliquias que una mano prolija salva de naufragio de los años, hablan mas que las plumas que encomian o deprimen a los siglos i a los hombres. Todo en la naturaleza tiene su voz i su eco; el hombre la palabra, para espresar la idea, jérmen divino; el ave el melodioso trino, dulce i fiel espresion de sus impresiones i sentimientos; el tiempo su lenguaje mudo, adusto i severo como él, imparcial i frio como su hija la eterna verdad: la historia.

FERNANDO SANTA-MARÍA.

## LA EDUCACION DE LA MUJER

(CARTA A DON FANOR VELASCO LEIDA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS).

### I.

MI QUERIDO FANOR!

He leído los discursos pronunciados en la Academia sobre la cuestion que Hostos puso en tabla con ese vivo interés que nos despierta todo lo que se refiere a la mujer. He sentido que bien tristes incidentes de mi hogar no me hayan permitido asociarme a sus trabajos, porque creo que a pesar de lo prolongado del debate

i de los aplaudidos discursos que han sido pronunciados, hai sin embargo un vacío, toda una faz del problema que queda aun en la sombra.

Hasta aquí la discusion se ha limitado a demostrarnos la necesidad en que estamos de dar a la mujer una educacion científica i se ha creído que bastaba probarnos—a nosotros los hombres—el derecho que tiene la mujer para ser educada i el deber que nosotros tenemos de educarla para que la cuestion quedase resuelta.

Pero hai mas todavía, algo que recordó la Academia al abrirse el debate i que yo me aguardaba seria el tema de los discursos.

En nuestro pensamiento está la firme conviccion de que existe entre el hombre i la mujer una indisoluble comunidad de derechos, creémos que los dos han alcanzado una mayor edad que hace odiosa todo lo que tienda a mantener la una bajo la tutela del otro.

Partiendo de esta base todo el que se proponga reformar la situacion actual de la mujer, necesita una doble demostracion. Es necesario probar a los hombres la justicia de la reforma que se pide i probar a las mujeres la conveniencia que para ellas envuelve esa reforma.

Crear que la primera prueba baste por sí sola, es creer que el hombre tiene derecho para imponer a la mujer todo lo que le parece justo i razonable, es sancionar ese autoritarismo que miramos como una usurpacion i dar en nuestros actos un triste desmentido a a las ideas que estamos proclamando.

¿Qué importa que nosotros estemos penetrados de la necesidad i la conveniencia de una educacion científica si ellas no lo están? ¿Podrémos, siendo lójicos, imponer nuestras ideas? Nó ¡por Dios! Eso nos parece odioso i hasta inúcuo cuando lo vemos en los que sostienen el orden de cosas existentes, i sin embargo, eso cabe dentro de su mezquino criterio; pero ¿cómo podria ser calificada una violencia semejante de parte de los que sostienen una igualdad en los derechos de ámbos sexos?

Necesitamos, pues, para poder realizar el pensamiento que con tan justo entusiasmo acoje la Academia, dar la segunda demostracion de que hablaba al principiar. Necesitamos llevar a la inteligencia i al corazon de la mujer una conviccion profunda de las ventajas, mas aún, de la necesidad imperiosa que ella tiene de una educacion científica si quiere realizar el fin para que ha sido destinada en la creacion.

Necesitamos ante todo hacerle ver que la educacion sentimental,

que se le muestra como el tipo ideal de la educacion femenina, es una peligrosa preparacion para la vida i está llena de amenazas para un corazon sensible. Necesitamos hacerle ver que allí no encuentra ni la embriaguez de la pasion tranquila, ni los consuelos de la razon en la desgracia.

I cuando ella sienta la verdad de nuestras palabras, cuando vea desvanecerse ese risueño i candoroso ideal de educacion que hasta ahora casi todas miran como el único posible, entónces necesitamos mostrarles nuestro ideal, hacerlas ver cuánto las eleva i enoblece la educacion que nosotros le ofrecemos; hacerles sentir como su dignidad de mujer, su amor de madre, sus afectos en el hogar, su posicion en la sociedad i en la familia; como todo lo que ella ama, ambiciona, sueña, ansía; como toda ella, en fin, necesita de esa educacion.

Entónces i solo entónces, la tarea estará concluida.

Ah! buen amigo, ¿por qué no nací yo con esa elocuencia que se insinúa i arrebat, por qué no me reveló la naturaleza el secreto de esas grandes palabras que no puede oír el corazon sin conmoverse? Con cuánto cariño trazaria en la imaginacion de las mujeres el ideal de la educacion que les soñamos i con cuánto amor les haria ver que aun cuando tengan el brillo embriagador de la hermosura o el prestigio de la posicion i la fortuna, les falta mucho para ser felices. Yo les probaria que si la naturaleza hablándoles en el lenguaje apasionado de los sentidos, les enseñó a ser madres, solo los hombres hablándoles en el lenguaje severo de la razon pueden enseñarles a ser buenas madres. Moveria las fibras mas delicadas i mas sensibles de su corazon, les hablaria del amor, de ese amor cuyo nombre jamás fué indiferente al oído de una mujer, les diria que si ellas ennoblecieron al hombre enseñándole a amar, todavía pueden ennoblecer al amante enseñándole a ser grande i virtuoso.

I delante de ese espectáculo de su engrandecimiento moral, de la elevacion de sus sentimientos, de su dignidad i de su nombre ah! nó, la mujer no podria permanecer insensible sin dejar de ser mujer.

Bella mision.....pero esa mision no es la mia. Yo solo puedo soñar lo que Uds. pueden realizar, por eso les escribo, a Uds., los poetas i los pensadores, a Uds. los que pueden esculpir en el corazon de la mujer la conciencia de un fin mas elevado. Saber que uno puede ser mas grande por la intelijencia, mas noble por el sentimiento, es el mas poderoso estímulo del corazon humano.

Principiemos por hacer sensible a la mujer la necesidad que tiene de una educacion científica recorriendo las diversas fases porque inevitablemente pasará su vida.

Su existencia solo puede jirar al rededor de una triple esfera: —el matrimonio, el claustro i la vida independiente. Toda mujer será en nuestra sociedad o madre, o monja, o libre.

El matrimonio de nuestros dias es jeneralmente algo bien triste, algo que comprime el corazon cuando se piensa que una mujer va a entregarle la direccion de su vida, va a someterse a la voluntad de un hombre a quien la lei, la sociedad i el hábito, han consagrado poderes tremendos i que ella no conoce, ni puede conocer a ese hombre. Solo vé las exterioridades del salon, solo sabe lo que voces engañadoras cuando no engañadas le atribuyen. La parte mas elevada o mas mesquina de aquel hombre, lo que ménos se deja ver en un salon en que todo es artificial i convenido, es precisamente lo que va a decidir de la felicidad o de la desgracia de esa niña. Para poder penetrar en ese abismo profundo del corazon humano, para poder descubrir i estudiar eso que se llama el carácter es necesario un criterio seguro, sólido, un criterio que no se adquiere sino con el estudio. Si esa mujer no se ha habituado a la reflexion i al análisis en el estudio de la ciencia, vá, i tiene que ir, entregada por completo a la casualidad, ese buen Dios de los ciegos.

No niego, ni se puede negar la parte que los padres deben tomar en el matrimonio de sus hijas. Los padres representan naturalmente dos de las exigencias mas imperiosas para que sea feliz un matrimonio. En la organizacion social que ahora tenemos, i que transcurrirán siglos talvez ántes de que pueda ser modificada, el padre examina siempre el matrimonio bajo el punto de vista de la fortuna, la madre antes que todo mira la familia, solo la hija mira al hombre. De los tres sin duda alguna la única que vé lo que habrá de estable en ese matrimonio es la hija. La fortuna i la posicion están sujetas a las fluctuaciones del destino; solo el hombre, su carácter, sus ideas i sus hábitos durarán miéntras dure el matrimonio.

La hija necesita pues una razon segura i vigorosa para poder apreciar a aquel hombre, sin sentirse perturbada por las consideraciones a que obedecen sus padres. De aquí la primera necesidad de una educacion científica, es decir de una educacion que habitúe al raciocinio tranquilo e independiente.

Si ahora suponemos el hogar ya constituido ¿cuál será el papel que ocupe en ese hogar una mujer ignorante? La casualidad, el atractivo de su fortuna o su hermosura la han unido a un espíritu honrado, modesto i digno. Hago pues la mas favorable de las hipótesis. Pero ¿podrá ser ella la compañera de ese hombre, su compañera en la grande i poética expresion de esta palabra? Podrá ella tomar parte en las cuestiones que preocupan a su esposo que se verá obligado, a separarse de ella para ir a buscar un consejo en otra parte?

¿Quién en su vida no tiene momentos de angustia, de amargo desaliento, de duda, de vacilacion? Quién no siente alguna vez flotar su pensamiento sobre ese abismo infinito de la desesperacion? I la mujer verá a su esposo sin comprender lo que pasa por su espíritu, lo que despedaza ese corazon que le ocultará sus sentimientos porque sabe que confiárselo será torturar inútilmente a esa pobre mujer que no tiene, ni puede tener, un consejo, ni una sola palabra de aliento o de consuelo. Ella no ha estudiado la vida, ella no conoce mas mundo que la sociedad que la rodea, nada sabe de los negocios de su marido, nada comprende en ese drama que se desarrolla ante sus ojos i cuya causa talvez irá a buscar llena de temores i sospechas en alguna pasion bastarda i criminal. Él, viéndola sufrir, se alejará para no aumentar sus sufrimientos i ella, viéndolo alejarse se imagina realidad sus terribles sospechas.

Si por el contrario esa mujer hubiese tenido un criterio, un conocimiento aunque lijero bastante sin embargo para poder comprender lo que su esposo le dijera ¿qué distinto no habria sido el destino de ese hogar? ¿Qué bella i que noble habria sido la mision de esa mujer que arrebatava un alma a las manos del sufrimiento.

Pero talvez se creará que he recargado el colorido de ese cuadro mucho mas verdadero i mas comun de lo que jeneralmente se imagina. Talvez se me dirá que esa situacion es escepcional en la vida i que no puedo basar mis racionios en hechos escepcionales.

Concedo que así sea, pero aun así bastaria un solo hecho de esta especie para que hubiera ya una probabilidad en contra de la felicidad del matrimonio i no debe haber ninguna, ninguna, entendido bien.

En la vida social de nuestra juventud hai un rasgo que resalta i que observan con cariño todos los que se preocupan del porvenir. Ese rasgo es la necesidad que sienten los jóvenes de una comunicacion intelectual. I cosa triste, lo que es una consoladora esperan-

za para el porvenir se convierte en un peligro para el matrimonio. ¿Podrá una mujer que no ha leído nada, que nada sabe, sostener esa tertulia intelectual, permítaseme la espresion, a que su marido está habituado? Todos los hombres aun los mas modestos, tienen cierta vanidad, tan lejitima como imperiosa, todos creen que sus observaciones merecen ser escuchadas i conocidas de los otros. No se contentan nunca con guardarlas dentro de sí mismos. Irán a confiarlas a su esposa? N6, porque el aplauso de un criterio que no se respeta ni se teme, nada importa i lo que él busca i necesita es un aplauso que lo satisfaga. De aquí las tertulias de los clubs, las visitas a los amigos, todas esas pequeñas separaciones que principian apénas concluye el primer período de casi todos los matrimonios.

I feliz la mujer cuyo marido se aleja para buscar solamente una atm6sfera intelectual! Feliz, la que no lo vé alejarse de su lado para ir a buscar al rededor de una mesa de juego impresiones para su organismo que ya no las encuentra donde debió encontrarlas.

Es necesario pues, poseer cierto grado de instruccion para conservar siempre a su lado i entretenido en las conversaciones del hogar a ese esposo que de otro modo irá a buscar fuera de allí la entretenencion que le hace falta. Es necesario tener cierta cultura intelectual para dar siempre interés a la charla cotidiana, tener cierto criterio para poder apreciar con ingenio los hombres i las cosas del dia. Solo así pueden evitarse las separaciones que cada dia se van haciendo mas largas i frecuentes hasta colocar a los esposos en la categoría de los conocidos, es decir, la mas peligrosa de todas las categorías en el matrimonio porque es la que está mas cerca del fastidio.

Pero hai más aun. Mírese tranquilamente la situacion en que esa inferioridad intelectual coloca a la mujer en el matrimonio, véase lo que significa para ella ser la compañera del hombre i dígase si se concibe una posicion ménos noble i ménos digna. Usando un lenguaje grosero talvez pero de seguro espresivo, si alguien me preguntara, cuándo acompaña una mujer sin cultura a su marido, no vacalaria en responder que solo lo acompaña en esos momentos en que el hombre deja de ser hombre para convertirse en bestia. ¡Qué triste cosa! Esa mujer solo puede conocer de su marido los instintos brutales. La parte noble i elevada de su espíritu, sus ideas, sus aspiraciones, sus prop6sitos, serán para ella un enigma oscuro e indescifrable. Solo podrá retenerlo a su lado mién-

tras lo domine con el imperio de los sentidos, fugaz imperio que destruyen con doble rapidez el hábito i el tiempo. I a medida que vaya la razon recobrando su influencia verá la mujer desvanecerse un poder que solo sostenian la embriaguez de un sueño i el vértigo de los sentidos!

Supongamos sin embargo, que la casualidad que la hizo elejir un buen esposo la haya tambien dotado con una de esas intelijencias privilegiadas que encuentran en sí mismas los recursos que necesitan las demás buscar penosamente en el estudio. Esa afortunada jóven ha podido salvar el doble escollo que hasta aquí la vida ha puesto en su camino. Es feliz al lado de un marido digno, a quien ella sabe retener a su lado i encantar con su charla i por quien en cambio se vé escuchada i consultada con respeto. Siente i saborea la orgullosa felicidad de haber sido útil con sus consejos i está segura de poderlo siempre consolar con sus palabras.

Se siente feliz, mas feliz aún, cuando vé al traves de sus primeras lágrimas al primer hijo que le da el amor. Pero desde ese instante que debió ser el mas dulce i tranquilo de su vida una sobra, una inquietud vaga i tenaz se apodera de su espíritu. ¿Cómo vá a cuidar ella aquel hijo? De qué debe preservarlo, a qué debe esponerlo? Dónde está aquello que podrá serle útil i dónde aquello que amenaza su existencia? Todo la hace temblar: el aire, la luz el calor, la leche con que lo alimenta, hasta la cuna en que duerme.

Unas cuantas lecciones de hijiene, unas cuantas pájinas leídas al acaso habrian bastado para evitar esos dias de angustia i esas noches de terror i ¡cuántas veces habrian tambien bastado esas horas escasas para evitar una imprudencia irreparable i conservar esas vidas tan queridas como frágiles!

La primera infancia es el período mas corto i peligroso de la vida. Las enfermedades se desarrollan con una facilidad que solo puede compararse con su violencia i sus dificultades para ser bien tratadas. Al médico le faltan los datos que suministra el paciente i se ve obligado a suplir con la atencion i el exámen ese inmenso vacío. Pero el médico no puede consagrar mucho tiempo al exámen de cada enfermo i tiene que echar mano de las observaciones que la madre misma le confia. Aquí siente ella otra vez la falta de esos conocimientos rudimentarios de la ciencia, la falta de un espíritu habituado por el estudio a sostener un exámen detallado. Cuántas veces ya muerto el hijo una palabra lanzada al acaso viene a descubrir al médico una enfermedad que datos incompletos le



ocultaron i que talvez fácilmente pudo ser curada! Oh madres, si supierais cuántas veces pende de vuestros labios la vida de un hijo i cuántas veces los condenais a una muerte prematura! Si supierais que es mayor el número de infanticidios cometidos por ignorancia que el de los cometidos por el crimen!

I todavía es necesario añadir a este cuadro sombrío de las enfermedades de la infancia una circunstancia especial entre nosotros. Aquí donde casi todos los hombres viven ocupados en las tareas del campo, la mayor parte de las jóvenes esposas tienen que pasar los primeros años de su matrimonio lejos de todo recurso i entregadas a sí mismas, esto viene a hacer aun mas necesarios esos sencillos i fáciles conocimientos para tomar las medidas indispensables en los principios de toda enfermedad.

Lo que decimos de la primera infancia se estiende todavía a los años en que no tiene el hijo la inteligencia necesaria para que pueda prestarse fé a sus palabras. Llega esa edad, ya él puede hablar con claridad, ya puede pensar sobre sí mismo. ¿Llega ahora la calma? Nó, ahora llega otro peligro. Es necesario principiar la educacion del hijo i principian otras vacilaciones, otras dudas ¿cómo va a educar a ese hijo? Se le mandará a la escuela, se le enseñará en la casa? Por mi parte creo que la primera educacion debe ser la educacion materna i en esto no hago mas que confirmar con mis observaciones aisladas lo que sostienen cuantos han podido observar de cerca esos primeros años.

No niego, ni pueden ser negadas las ventajas que tiene la educacion comun de las escuelas. Es allí donde se desarrolla el carácter; donde se inculcan los principios de la justicia, viéndose obligado el niño a respetar los derechos de los otros; donde se aprende a dominar la cólera infantil, que despierta la burla de los demas; donde se ahoga el orgullo, donde se hace en fin la primera experiencia de la vida. Pero allí tambien se aprende a mentir, a burlar, a envidiar i a veces a envilecerse con la adulacion i la falta de dignidad.

Si se entrega pues un niño a la educacion comun sin haber de antemano inculcado con fuerza en su corazón los sentimientos de una altiva dignidad podrá formarse un carácter pero no podrá formarse un hombre. Nada en la vida podrá jamas reemplazar esa primera educacion materna, ningún maestro podrá tener jamás ni el interés, ni el cariño, ni la paciencia, ni esa tierna solicitud de una madre. Esa educacion indispensable, que nada puede reem-

plazar, verdadera creacion intelectual del hijo cuyo sello guardará perpetuamente en su vida, exigen de la madre cierta cultura intelectual. ¿Cómo podrá de otro modo satisfacer esas mil curiosidades que a cada instante preocupan a los niños? Qué le responderá a su hijo, ella que nada sabe, cuando mirando al sol, las nubes, las montañas, todos esos incesantes fenómenos del cielo i de la tierra, le pida una explicacion? Tendrá que mirar con pena esas ocasiones perdidas para dar a su hijo una leccion que escuchada con gusto habria olvidado con dificultad. Por otra parte cuántas lágrimas i cuántas torturas no ahorraria a su hijo educándolo ella misma, reemplazando el estímulo brutal de la palmeta por el cariño i la ternura. Qué de placeres inefables suprime en su vida! I luego hai tambien que meditar estas palabras profundas del autor de Pablo i Virginia: «Que no se queje el padre si sus hijos ven indiferentes salir su féretro ¿no vió él indiferente salir su cuna ¿no los vió él indiferente ir a otra parte a buscarlo que siempre debieran haber encontrado en su hogar (1)!»

Crece el niño i en esa alma que no ha sentido el calor vivificante del hogar principian ya a romperse los vínculos de la familia; principia a abrirse un abismo que me aterra en la vida de nuestra sociedad. Ese abismo es la falta del amor filial. ¿Qué queréis, madres, es vuestra obra! Solo se conserva el hijo al lado de sus padres durante los primeros años, es decir durante esa edad instintiva de la vida, en que no se tiene conciencia de la que pasa en nuestro corazón. Los padres reciben con halago las caricias del hijo i creen encontrar en ellas una manifestacion de cariño. Nó, son actos instintivos, orgánicos, que nada prueban, que nada significan en el mundo moral. Se aleja al niño precisamente cuando ese instinto principiaba a transformarse en sentimiento, a sublimarse, a hacerse digno del hijo i de la madre. Se desarrolla fuera del hogar, a veces léjos de su pueblo i solo vuelve a ese hogar cuando hombre ya, el estrépito de otras pasiones ahoga en su pecho la voz vaga i adormecida del amor materno. Ahí teneis un hombre que no ha amado a su madre. ¿Con qué derecho, decidme, le habeis arrebatado el mas dulces de los afectos?

Prosigamos en nuestro doloroso análisis. Al lado de ese triste cua-

---

(1) Cito de memoria. Solo puedo por consiguiente responder de que esta idea es de Bernardino de saint Pierre.

dro hai otro mas triste. Ahí teneis una madre i a su lado ved el hijo que otros enseñaron. Ella ignorante, él instruido. Ella que lo mira con afecto i él que la mira... preciso es decirlo, la mira con desden, por qué en la base de toda instruccion está el desden para la ignorancia i él ha aprendido de sus compañeros, de sus maestros i sus libros a mirar con desden los ignorantes. I ¿quién tiene la culpa si en vez de encontrar en el corazon de ese hijo un dulce afecto encuentra en él su madre un insultante desprecio? La ignorancia de la madre.

Mas todavía, esa misma ignorancia la condena muchas veces a ver, aflijida i sin saber que hacerse, la perdicion de su hijo. Su instinto de mujer le deja adivinar que una crisis se prepara en la vida su hijo. La presciente, la vé venir, vé amontonarse como nubes sombrías las fuerzas orgánicas que principian a transformar al niño en adolescente. Esas fuerzas que lo sorprenden a él mismo, que él no sabe dirigir, lo arrastran desordenadas hácia el piélago de una corrupcion brutal. La madre vé esa ola de fango que avanza, que deriva i le arrebat a su hijo aquella delicada pureza virjinal. I ella en medio de sus lágrimas piensa con tristeza que las pasiones lo han perdido. Nó, madre, tú lo has perdido. La naturaleza te puso al lado de ese hijo para que lo guiaras i lo has abandonado. En ese momento de crisis pudistes hacer de él un grande hombre i has hecho de él un miserable. Oye i graba estas palabras en lo mas profundo de tu conciencia: «El calor del corazon que precipitó a San Agustin en los mas sensuales desórdenes es el mismo que lo elevó a los movimientos mas espiritualistas de la piedad. Santa Teresa no es mas que Heloisa mirando al cielo!» Graba esas palabras i sabrás que el destino de tu hijo está en tus manos, que tú puedes salvarlo del abismo i elevarlo a las cimas de lo grande i de lo bello, que tú puedes despertar en su alma el amor a la ciencia, dirigir su ardor i hacerlo útil a tí misma i los demas. Para eso lo único que necesitas es un poco de ilustracion, conocer apénas de la ciencia lo que basta para poder comprender lo que él te diga, para ser la confidente de sus sueños i esperanzas. Habrás salvado a tu hijo, hecho de él un hombre, talvez un grande hombre i él te pagará en amor, en gratitud i en honra los sacrificios que su salvacion te ha impuesto.

Hasta aquí solo he tenido delante de mi vista un matrimonio feliz pero por desgracia son demasiado frecuentes aquellos en que no encuentra la mujer esa tranquilidad tan dulce a su alma. Todas esas dificultades del matrimonio principian jeneralmente por «las

profanaciones de la alcoba» como dice Dumas hijo. Esas profanaciones no son posibles sin cierta cantidad de desprecio del marido para con su esposa, desprecio que no puede existir cuando la inteligencia i el estudio envuelven a la mujer en una atmósfera de respeto. Ella puede haberse equivocado al unirse con su novio, puede haber sido engañada, pero no puede verse degradada ni sentirse envilecida al separarse de él. Para ella no pueden existir esas luchas groseras que preceden a los rompimientos entre esposos. La mirada lúbrica, la palabra lasciva, esas mil profanaciones brutales del alma i del cuerpo de la esposa encuentran una barrera imposible de vencer en la actitud altiva i digna de la mujer. Ella será virtuosa porque es fuerte; será fuerte porque ha desarrollado con el estudio las facultades de su alma.

Dejando a un lado esta consideracion veamos otra. En el matrimonio actual el marido tiene la conciencia de que su esposa nada puede, nada vale una vez que se separe de su lado. La falta de conocimientos coloca a la mujer en la absoluta imposibilidad de poderse ganar la vida por sí sola i coloca al marido en la peligrosa tentacion de no respetar nada que violente sus mas locos caprichos. La mujer que sabe demasiado por desgracia cuánta razon tiene su esposo para apreciar sus fuerzas en tan poco, se vé obligada a ceder siempre. I como es tan fácil abusar del que se puede oprimir, dado el primer paso en el camino de la violencia él principiará por hacerla olvidar que tiene una razon que debe ser consultada i ella acabará por olvidar que tiene una dignidad que debe ser respetada. El pisoteará esa dignidad i ella tendra que mirar con resignacion como se pisotea su honor.

Si la mujer hubiese recibido una educacion que la hiciera capaz de bastarse a sí misma, no se veria obligada a aceptar mil situaciones dudosas en que el marido la obliga a elejir entre su decoro i la miseria. Ahora a una mujer separada de su esposo solo le queda abierto el camino de la degradacion, pero si esa mujer fuera instruida le quedarian abiertos todos los caminos de la vida. Si se sentia mal al lado de su marido se separaria de él—saldria un hombre desu casa, pero quedaria en ella su dignidad.

Por otra parte, el marido sabe que sea cual fuere su conducta, con tal que no pase límites estremos, su mujer continuará sometida a su dominio tranquilo i absoluto. Pero si ella con la educacion recobra su libertad i se hace dueña de su suerte, el ter or de perder-

la lo hará proceder con mas cautela. Dejará de ser el señor para ser el igual i los dos ganarán en ese cambio.

Las consideraciones respetuosas del marido, la dignidad respetada de la esposa darán a un hogar así formado las bases mas sólidas de una felicidad duradera.

De modo pues, que sea cual fuere el punto de vista desde el cual se observe la posicion de la mujer en el matrimonio, necesita de una educacion que desarrolle las facultades activas de su espíritu, que dé vigor a su criterio i fuerza a su razon.

Las necesita para elejir el que será su esposo, para hacerlo feliz en el hogar, para salvar a su hijo de las enfermedades que rodean su cuna i de los vicios que rodearán su juventud; las necesita para educar a su hijo, para su propia dignidad; las necesita en una palabra para formar la familia, esa hermosa creacion de la mujer.

En esa educacion encontrará ella una fuente de recursos que den a su espíritu la conciencia de sus propias fuerzas; esa conciencia la hará ser digna i esa dignidad ser respetada.

I así su vida honrada i pura al lado de un esposo a quien supo hacer feliz, en medio de los hijos que supo hacer hombres, será la realizacion del ideal mas noble:—del ideal materno.

Cierro esta carta que va ya demasiado larga i en mi próxima procuraré hacer ver que si la educacion científica es necesaria en el matrimonio, no lo es ménos en la vida del claustro i en la vida independiente.

Ojalá que sean dignas de Ud. estas páginas escritas al correr de una pluma siempre deseoso de manifestarle el cariñoso afecto de su amigo.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

Agosto, 24 de 1873.